

Invitación de las moradas

A mis abuelos, por siempre moradores.

Prólogo

— Desde el portal —

Cada luz encendida
es el ángel custodio
de una vida que intenta
asomarse al ignoto
vaivén del prisionero
aire, donde los ojos
puedan verla sin ver
y oír su vivir sordo.
Una pared blanca
y un cuadro negro y rojo;
una sombra lo corta
con su filo de oro.
¿Por qué a las siete pierde
su oblicuidad el toldo?
¿Para qué las persianas,
la alarma de las ocho
de la tarde? Los pasos
que encima de mí oigo
¿cuándo han comenzado
y cuál es su propósito?
¿Desde cuándo se olvida
el sol del silencioso
dormitorio, infestado
de vacío y de polvo?
¿Qué sintió quien vivió,
de sol a sol, tan solo
que se lo llevó el aire
sin que hubiera ni un lloro?
Así me hablaba el mundo,
mar de voces caótico,
cada cual con su voz,
su ritmo y sentires propios.
Y asomado al misterio
de tantas vidas, como
analiza los túneles,
curioso, el mirmicólogo,
diseccioné las casas,
separé dormitorios
de baños y cocinas,
escruté los recodos
de las salas, queriendo
hacer de mí los otros,
y abrí los ojos siendo
uno más entre todos.

Las zonas comunes

— Veinte poemas de buzón y algunos aforismos de vida —

I

Por favor, no alimenten los buzones
con promesas que no podrán cumplir:
los quiebra la esperanza de una oferta,
el menú de un local pakistaní,
la compra del anillo familiar
y un beso que proclame: «Para ti».

II.

Pintado el pasamanos de la entrada.
Se ruega a los vecinos que lo toquen
con las manos del alma.

III.

Al abrir, un abrazo
para cada vecino;
al cerrar, dar dos vueltas con la llave
y un suspiro.

IV.

Se me ha colado el balón
en el patio del primero:
allí dejé el corazón
y allí es donde lo quiero.

V.

No tengo en mi cielo estrellas;
ninguna luz me ilumina.
Vengo a pedirte, vecina,
una cucharada de ellas.

VI.

El viento me arrebató
mi colada de certezas
y ahora soy un cartesiano
espectro de mi existencia.

VII.

El ascensor no funciona:
tras subir hasta las nubes
con nuestra amada Ramona
-Que En Paz Descanse- no sube
por miedo a volver al cielo.
Suban por los escalones,
que los peldaños del suelo
son de Dios firmes renglones.

VIII.

No interrumpan en el párking
las caricias de los chicos:
van allí porque en sus casas
los guardan bajo pestillo.

IX.

"TE QUIERO" grabó la llave
junto al nombre en el buzón;
y fue la herida tan grave
que desde entonces no sabe
nadie más su dirección.

X.

"Malvenidos" saluda ante mi puerta
un felpudo antipático y gruñón.
Alégrenle el café con su silencio
hasta el último sorbo, por favor.

XI.

¡Bendita publicidad!
¡Qué bien se siente al tener
un faro hacia la verdad
en la falsedad del ser!

XII.

Hoy estrenamos vecinos.
No rompáis el envoltorio:
si no quedamos contentos
nos los cambiarán por otros.

XIII.

Cada cual con sus canicas
librará la eterna guerra
entre el suelo que las toma
y el techo en el que se estrellan.

XIV.

Los obreros han alzado
por petición vecinal
una frontera insalvable
con el del Tercero A,
que habla con todas las cosas
y perturba al personal
preguntando qué es la vida
a una bombona de gas
y a sus macetas vacías
qué nos espera al final.
Si lo veis será en la acera
estampado tras saltar,
pues tiene prohibido el paso
más allá de su portal.

XV.

ALQUILO

almohada y media cama de matrimonio
a compartir. No ronco.
Me reservo derecho
de admisión de terceros.
Suplementos: acceso
al interruptor de la luz
una vez por noche,
no sea que se me agote;
gobierno en su entera longitud
de una mesilla; a un vaso
con agua sobre el tapete
y a un beso sobre la frente
y lo que se tercie.

XVI.

Temen la vida
postes, cables y antenas.
La desconocen.

XVII.
El horizonte.
Nómadas de hormigón
los edificios.

XVIII.
Tu sombra o tú;
cabe el ser o el estar.
No hay más espacio.

XIX.
El urbanita
se salta los semáforos:
¡y ya es otoño!

XX.
Plan urbanístico:
la tumba del silencio.
Armas de tinta.

XXI.
Rostro de Cristo:
las bolsas de basura
van transmutando.

XXII.
Suelo fregado.
Lo fugaz es humano.
Dejad las huellas.

XXIII.
Carta sin dueño,
palabras para nadie:
la Eternidad.

XXIV.
El ascensor:
un *Just Eat* de personas
hacia la nada.

Primero A

— Rumores de la calle —

Los oyes

Rumores

Golpes a voces

Escalan en espiral
por los tallos de las flores.
Los tienes presos

sonámbulos

entre el tímpano y la ventana abierta

Ríen

Cantan

Discuten y vuelven a reír y a cantar

Y sueñan.

Que un hijo de tal vecino...

... te sienta mejor en verde...

... a las cuatro de la tarde...

... lo siento: ya no te quiere...

... la carne ¡cómo ha subido!...

... y él la humillaba siempre...

... en el último capítulo...

... ¿y sabes ya cuándo vuelves?...

... ¡Qué calor!...

... Tengo consulta...

... Prueba esto...

... ¿Hay deberes?...

... ¡Ay, Dios mío!...

... Lo llevó al veterinario...

... ¿Tú lo puedes...?

El tiempo corre detrás

de tus días y te pierdes

escapando de ti mismo

en la ciudad y su gente.

Y acabas sabiendo más

de quien anda sin tú verle

que del que quede contigo

cuando en soledad te quedes.

Primero B

— Milagro en el balcón —

Cayó la flor de la luna
de Méliès. Es sideral
la línea que en espiral
traza cual arcana runa.
Sin regarla mano alguna,
de la flor salieron setas;
y era el balcón en desuso
jardín de barro concluso
acuchillado de grietas:
Babilonia de macetas.

Segundo A

— Canción desde el cuarto de baño —

He visto ponerse el sol dentro de la bañera llena.
Algún vecino ha plantado pétalos modernistas
en mi felpudo, de la flor ideal.
Diluvios de polvo arengados por las bombillas
del cielo -Paga, Dios, la factura, que te las han apagado-.
Me he visto en la cúspide de la publicidad
desde el foso indescriptible y me he metido
tres rayas entre ceja y ceja
para ver detrás de todas las paredes
y sentirme todos sin ser nadie, pero sintiéndolos en mí.

Contemplo en el lomo de todos los bloques de pisos,
clavadas, todas las uñas que me he cortado,
y por sus heridas sangran el orín
de toda una vida. Están famélicos,
¡son dinosaurios de hormigón, baúles escamados!
Este paisaje me pertenece, es el mío.
Me vacío
varias veces, hasta que tengo amapolas en los dedos
y el clavel carbonizado,
con aroma de futuro en máscaras de acero
y coronas de hiedras
burbujeando sobre el ánfora expoliada.

¿Cuáles son las delicias del jardín? ¿La culpa
de no ser lo suficientemente ignorante? ¿El hastío
del mismo viento en la misma piel,
de ver a los niños riendo
mientras el agua los azota con sus raíces?
¿La envidia hacia quienes son como quieren ser?
Todos lloramos alguna vez sobre todos los colores y a lo largo de cuantos
metaversos puedan existir.

Ordeno mis decepciones alfabéticamente
en la estantería
-que no puedan decir que no fui metódico hasta el final-
y el crujido de las baldas despierta al monstruo del baño.
De cada punta de la casa emerge
un bostezo dentado que me corta las penas
y se las da de comer a los pájaros azules.

Segundo B

— Presencia intermitente —

Patio de luces cuando tú te asomas,
anónimo lucero entre cortinas,
invisible sendero entre dos lomas,
repartiendo presencia si caminas.
Festegan la mañana las palomas
aunque es de noche: el patio que iluminas
te contempla, cometa de ventanas
en el cielo, entre noches y mañanas.

Te eclipsa la colada del tercero
-camisas espaciales, meteoritos
de calcetines, bragas y babero-,
el negro velo del millón de gritos
que pueblan la ciudad. Tu curso entero
se sumerge entre sedas y delitos,
y deseos florecen a tu vista:
azul destello, sueño modernista.

¡Oh, vecina del ático, cometa
del edificio, euforia del suicida,
de los vientos del alma eres veleta!
Es medianoche, y tú, comprometida
con el ciclo lunar que te completa,
menguas y creces como hace la vida:
morir es ocultarte en una sala
sin ventanas, eclipse de la gala.

Tercero A

— Conocimiento de la ciudad —

Confío en vuestro testimonio, ojos,
si no ruedas, radiados; prisioneros
de la rama y la lágrima del aire.
Donde nace el asfalto y la pintura
aprende a discurrir continuamente,
susurradme al oído, el jolgorio
de la noche despierta y truculenta.
Habéis visto erigirse cada calle
sobre el plano infinito de la tierra:
altas palabras en el folio blanco.

No hay vivo que recuerde vuestro espacio
vacío: estabais ya al calor del sol,
como flores abiertas, al principio,
antes de las antenas y sus guerras,
antes del primer vuelo, antes del aire,
antes de que el color se hiciera múltiple
y alguien temiera el paso de los días.
Vosotros, ojos, conocéis de todo
su causa, hasta de aquello que ignoráis,
callados sacerdotes del balcón,
pues luz sobre más luz vertéis despiertos,
aunque dormidos os contemple el mundo,
con alfileres ensartando el eje
de vuestros ojos ciegos. Bicicleta.

Tú eres propietaria, no del piso,
del espacio del mundo al que te traigo
una ilegítima presencia, dueña
de su sombra en el suelo y de motivos
y razones de ser quien no deseo:
inquilino del aire en que me asfixio,
morador de las olas infinitas,
huésped en la mirada del limón.
Tú tanto y yo tan poco; con vida el uno,
la otra, tú, sin desearlo, eres
más cierta en tu lugar que yo en cualquiera.

Tercero B

— Una joya en la ventana —

Con dos vueltas de llave está sellado
el cuarto. No recuerdan las baldosas
la presencia hiriente de las cosas
ni sonidos el aire empantanado.

La muerte señorea las esquinas
desde su cicatriz en la pintura:
la bala cual paloma tomó altura
y trazó, sin su rosa, las espinas.

El eco del disparo aún inunda
todas las otras salas de la casa.
Aquí no se oye nada, nada pasa:
todo queda en la calma fecunda.

Una mosca se ahogó junto al cristal.
Aquí yace, ¡oh reliquia de la vida
que vacía la estancia y que la anida,
cual perla de un pendiente señorial!

Para mí la está el tiempo custodiando
intacta, con el polvo por cubierta,
siendo, por él, más perla que alma muerta,
solo el último instante eternizando.

Cuarto A

— Domingo por la tarde —

Entre aquellas paredes
era siempre domingo por la tarde:
resaca de la misa
y la sombra tangible proyectándose
densa, ansiosa, voraz,
sobre la alfombra, desde la otra calle,
del bloque de persianas confundidas
y de antenas punzantes.
Abre las manos: sueña con tomar
la incierta forma de la luz. Su baile
se derrama, fluido, entre sus dedos,
sobre las cosas que antes
no habían sido, ocultas a la luz:
bautismo de los cálices,
comunión de los nombres nunca oídos,
sacrilegio de todas las verdades.

Silencio. Frente a frente,
de los ojos del otro hace cristales,
y se marchita el sol en esos párpados,
agostada su sangre.
Y un día son extraños esos ojos,
y quien la tumba en fila otra vez nace:
asomados los dos a la ventana,
descubre a los vecinos y los árboles,
y a la mano arrugada
que es Virgilio diario de su viaje.

Solo conoce a muertos
y a transeúntes grises de ciudades
en las que nunca ha estado.
Los busca desde el piso por las calles:
duerme o juega, y la gran desconocida
ve en él la sombra del esposo amante.

Ya está enfilando el último camino,
entrenando en echarle
de menos a las manos que lo atienden.
Se va marchando con andar constante,
en frágil equilibrio
entre las dos mitades.

Sacerdocio de cada
domingo por la tarde.

Cuarto B

— Exploración de la baldosa —

Cuarenta años e ignoras la baldosa
que a su Colón espera ilusionada,
porción última al pie desentrenada,
reducto de barbarie prodigiosa.

Se agitan cataratas indomables
rugiendo como un tren del diecinueve.
Te esperan el mantel de polvo y nieve
y selvas de coníferas y cables.

De las fieras zumbidos hallarás
del terror de las noches de verano,
y por tesoro inca el disco plano
que viste cobre y llaman pela o cash.

Si la tormenta arrecia y la ventana
bosteza, encontrarás islas y mares,
plagados de galeras y lugares
que a la fregona dan por soberana.

Sus gentes... ¿qué diré de quien la habita?
Más fe tienen que el pueblo posmoderno.
Emergerás de aquel lugar eterno,
libre el alma de cuanto la marchita.

Interludio

— El romance de las grúas —

Los jinetes de las grúas
se asoman a las ventanas
desde la Babel moderna
sobre la acera contraria.
Domadores de los vientos,
infiltrados entre ramas,
trascienden de los cristales
su imagen con la mirada.

En un piso, suelo y techo
y cuatro paredes hallan;
en otros dos, plantas muertas
y fotografías blancas.
Suben: la casa los mira
con silencio en sus entrañas,
surcada por la corriente
que de su interior escapa.
Hay una vela encendida
como una torre de escarcha,
guardando una rosa seca
y un pájaro que no canta.
El reloj de la pared
no mata el tiempo que pasa.
Ven en la televisión
el reflejo de una cara
en el óleo comprimida
para que habite la casa.
El monumento a la vida
es una ánfora romana
que junto al techo reposa
y sobre todo descansa.

Uno tras otro, los pisos
exploran sin dar con nada:
son desiertos ante ellos,
son océanos en calma.
Vuelven grupas los obreros
y sus monturas metálicas.
"Solo son nichos", suspiran.
"Solo son tumbas sin lágrimas".

Quinto A

— Homicidio cosmopolita —

No es lo suficientemente
grande el piso, no es tan grande
como para que, al palpar,
no sacuda los platos y tuerza los cuadros.
Las ventanas
están demasiado cerradas, a pesar
de que son un libro de viento abierto.
No hay sonrisas, no abrazos sanadores.
Es solo un alma más en el catálogo de soluciones
imposibles, clausuradas.
¿Para qué insistió su madre en pintar
las paredes de colores?
La luz lo oscurece más; el sueño lo desvela.
Los susurros del aire tiemblan
entre los brazos de la lámpara,
y sus voces militan en todas las religiones
y hablan de Dios, de las vírgenes, de la ira,
de la mayor de las verdades.

El cielo infinito enfrenta
la suicida altura de la cuerda para tender
con la eternidad del horizonte
apuñalado a pisos.

Culparán a la esquina afilada
de la calle, al incesante
mirar de los edificios, al escaparate
de mejores vidas, al silencio
de cientos de megahercios
de las antenas de televisión.

Y el filo estará dentro,
y el mirar será el del espejo,
y la vida una más,
y el silencio
uno menos.

Quinto B

— Asonancia de madrugada —

El trap de madrugada:
él y ella en la cama.
Sombras como montañas
y aquella pared blanca.
Teatro negro: Praga
de colchones y sábanas.
Dos siluetas extáticas,
perfiles en la danza
de la pared pintada
por la luz de la lámpara.
El esbozo se traza
con una pincelada
cuya dirección cambia
al son de la comparsa.
Los artistas empapan
en sus tintas las armas.
El pincel sube y baja,
las tintas se derraman,
charcos de fresa y nata
y aullidos de esmeralda.
Y el arte grita y calla,
efímero. Estalla
por los aires, y nada
queda de lo que estaba.
El cuadro late y habla:
maravilla extasiada.

Sexto A

— La ciudad a oscuras —

Mirábamos el cielo cada noche,
preguntándonos cuándo subastó
las estrellas el banco, y por qué no
pudimos asumir aquel derroche.

Hubiéramos vendido casa y coche
por una luz que ya se consumió.
Sin ella, no eres tú ni yo soy yo,
pues soy, cuando te empapa, tu fantoche.

Voy a pedir la próxima hipoteca
para vestir de gala tu universo
con un faro en la bruma de la calle.

Abajo, la ciudad y su jaqueca;
frente a ti, un orden cósmico y diverso;
en tus ojos, mi rostro con detalle.

Sexto B

— La estancia condenada —

La habitación me acoge con la lástima de lo inmóvil,
no suyo, no, no
de los cuadros, las sillas en las que nunca me he sentado, las cortinas
dormidas desde siempre, la carpeta
que ya ha olvidado el tacto de la luz
sobre unos pálidos papeles muertos.
Lástima de los años que no cambian
el lecho de los ríos, los rosales
sin abejas, las perchas desahuciadas.
—¿Qué año?—, dice el blanco de la sala.
—El tiempo se ha olvidado de correr
en esta habitación, en esta casa,
en cuantas habitaciones te adentras en el transcurso de un día,
viéndote igual, más viejo, pero igual,
como el sol desnudado en la pared.
Me siento tan seguro en la inmanencia
de mi eternidad
que me arranco a bocados los pulmones,
araño los cristales de mis cuevas,
ahorco en el estómago mis sueños.

Y sigo siendo el dios de cada espacio,
viéndome igual, más viejo, pero igual,
como aquel edificio al otro lado
de la calle, arrancado por los coches,
arañado en el alma por las luces,
ahorcado por antenas compasivas,
que habita un pobre loco y su sofá.

La habitación y yo, dos inmutables
certezas, cohabitando en la tristeza
recíproca del hielo y de la llama,
estables, en el filo de la báscula.

Séptimo A

— Todas las identidades —

Pueblan mi piso treinta catafalcos
por todos mis difuntos yos. La nieve
los cubre, maternal. No me conozco
en sus efigies; solo ven la muerte
sus ojos de latón; tan solo esperan
el beso de la luz sobre sus pieles.
Laberinto.

 Mi casa es un perderse
entre ríos frustrados y tormentas
que sangran los castillos a claveles.
Treinta metros cuadrados. Me perdí
por los desiertos del eterno y breve
recuerdo, de holocaustos más infames
que el pozo en que se ahogan los deberes.
Escapan de mi sombra los retratos
y me observan, desnudas, las paredes.
La proyección atroz de la bombilla
que nadie ha despertado me hiere
cada complejo, y todos me laceran.
Coloco un cirio bajo la lluvia verde
y busco esquinas vírgenes de ruido
donde avivar las llamas y la gente.
Me ven,

 con las estrellas en los ojos
y la noche en el pecho inexistente,
mil ángeles, abortos de los muros.
Fusilo las esquinas: que me encuentren
en todos los rincones de la casa,
en cada espejo y bajo cada mueble,
dentro de la nevera y en el horno,
con blancas margaritas para hacerte
feliz, o, para gala de un difunto,
con corbata y palabras que mereces.
Esperaré con nuevos rostros míos
la senda de la sangre, y que envenene
cada palmo del piso con su beso:
dispuesto a sucumbir mil y una veces
en todas mis historias que no fueron
y en mi única vida me hago fuerte.

Séptimo B

— Lana lo sentenció —

La luz del séptimo B os ha convocado, princesas
de los cielos,
al ventanal abierto de la cocina.
Habéis acudido al reclamo del bocado de medianoche,
cuando los edificios empiezan a guiñar sus ojos de araña.

Es decadente -se desgañita Lana del Rey en el piso,
como si fuera una discoteca a las dos de la mañana-,
pero ella la quiere. La fiesta sigue
en aquella casa, reducto mortecino del último verano,
a donde solo vosotras podéis
asomaros y ver la depravación, mientras dirán los vecinos que
es una chica muy modosita, exquisitamente educada,
siempre dispuesta a subirme el carrito por los escalones de la entrada.
Sin embargo, sin embargo, vosotras
la veis enseñoreada en su hábitat, fiera indómita,
sin miedo a lo desconocido,
porque *las dos nacimos para morir hoy aquí,*
por error o por deseo, no lo sabe.

Era de buena familia.
Su madre, muy educada, su padre un caballero como los que ya no quedan.
Dio clase de repaso a mi hijo, y fue en todo momento diligente y constante.
No obstante, no obstante, vosotras
la veis con sus *blancas mentiras y sus playas negras,*
destrozando las *millas que nos separan,*
jugando como quien sabe que ya ha ganado,
avance la pieza que avance y juegue
la carta que juegue.

La felicidad es ella esta noche,
todas las noches en que la Chica
-la de la barra, la de la pista de baile,
la del «¿Tienes fuego?» en la puerta trasera
de la discoteca-
va vistiendo los suelos de su casa,
los tesoros familiares y bustos de políticos muertos
con su risa y el brillo de un pendiente.

Nunca tuvo problemas con nadie.
Cuando se mudó, tras morir su madre,
nevó, y salió desnuda, angelical, con la inocencia
de las niñas, a sentir el tacto de la nieve en el balcón.
Pero vosotras la veis, nieve sedienta y ángel caído,

sumergirse en la noche con la luz encendida,
soltar palabrotas, invocar a Dios,
besar un rostro como el suyo y sentirse amada
como nunca antes, hambrienta de luna y por la rosa devorada.

Las dos quedan tendidas en la alfombra,
vencidas al desconocimiento de los nombres,
sin miedo ya a no tener todas las respuestas.
Ella es el atardecer de la sequía
y el alba del rocío sobre la parabólica,
la reina del mayor de los desastres.
No le teméis ya a la noche del viernes,
aunque os seguís sintiendo solas.
*Conviértete en mi casa, te dice, si te miento
al decirte que te quiero.*

Ático A

— Ópera en las nubes —

La *prima donna* esquivada en la terraza
barriles, cuerdas, cables, tuberías,
ligera, al engranaje acostumbrada
que rige el mundo, al son al que este gira.

La telúrica danza sigue el ritmo
que impone algún furgón de policía;
la ambulancia acompaña en Si bemol;
clausuran los bomberos esta fila.

Un brazo lo alza al cielo, cuyo sol
apenas a sus dedos es sortija;
al asfalto, a la mar, a la farola
el otro, delicada, se lo brinda.

Sobre el jardín de antenas se corona
reina de las distancias y las vistas.
Por un segundo atisba las montañas
alzándose ante ella: le fascinan.

En el salón las ve, domesticadas
por el pincel de algún mediocre artista.
La retan con sus cantos primitivos
a ser de un salto el hielo de sus cimas.

Al soplar la ciudad la casa tiembla:
se rebela el mantel contra las pinzas,
se ve danzando alrededor del viento
y cercada de tela blanca y fina.

Es la guerra de siempre contra el baile:
saberse condenada a mayor vida
que el fugaz movimiento al que consagra,
con un salto final, toda su vida.

Ático B

— Himno desde donde nacen las tormentas —

Lllaman a la puerta dos pies zarandeados por la horizontalidad del peldaño y la verticalidad de la escalera;
dos pies que han escuchado todas las historias que pueblan la estructura del cristal y de la piedra, del acero y del hormigón armado, del gotelé sadomasoquista y de los tesoros insospechados.
El ascensor dormía, rehuyendo su destino,
cual bestia que ha recibido demasiados azotes de la Mano que lo arrastra a la esencia última de las nubes.

No queda nadie: está vacío el edificio, en silencio,
como si las cuatro de la madrugada se hubieran instalado en todos los recibidores.

Vienen a recordarte la anatomía del ser humano, al que tú apenas reconoces desde la terraza
(tan insignificantes, tan caóticamente impulsados por unas ganas de vivir que se quedan pequeñas en comparación con las casas que se les interponen).
*Los edificios no son para vivir dentro,
los edificios no son para nacer y morir en ellos,
los edificios no son nidos de amor o pozos de desengaño;
los edificios son obstáculos, ángulos rectos
que hacen al Hombre correr,
mirar el reloj al cruzar el paso de cebra, puente entre los hitos más deseados.*

Ayer atropellaron veintisiete años en la esquina de tu calle
y no oíste las sirenas llorando al Odiseo posmoderno,
ni viste las luces tiñendo de mar -Ítaca, quizá, turquesa y mármol-
las fachadas -*cada fachada es un río que va a dar en la mar*-
Tú con tus gaviotas, tu polvo de estrella ensuciándote las ventanas,
tus globos aerostáticos enredados a la barandilla,
tu éter escanciado en las copas
de los almeces sin hojas.

Tienes sangre de aire entre los dedos, y de huracán en las pupilas.

Abres la puerta y reconoces al Hombre como lo creaste,
lo besas en todas sus cicatrices y susurras allí
palabras que no existen todavía,
y lo guías de la mano a cada herida que vulnera tu cuerpo:
el foso de Daniel, y vosotros
sois los leones.

Cada suspiro tuyo me sana;

*tu tacto redescubierto cauteriza todas mis lesiones;
saberte real, solitario
habitante del huracán nonato,
certifica cada calle y cada semáforo en rojo,
da sentido a las esquinas y al reflejo
de mi rostro en el escaparate de la tienda de sofás,
y justifica
los atascos, las antenas y los depósitos de agua sobre casas
vacías.*

Los pies se marchan, sosegados, dispuestos
al azote de ciento cuarenta y seis escalones,
envalentonados ante la caída.

No queda nadie más en el edificio,
y los espejos han perdido su utilidad.
El júbilo y la lágrima, dos olas ilimitadas, sin raíces,
se entremezclan en todos los pisos, y los rellanos
están más habitados que nunca.

Proyección hacia el sótano

— Ecos de Holbein —

No sois los propietarios. Fingís, y fingen todos,
tener en posesión cuanto oculta una puerta.
No hay mirilla que pueda protegeros de mí,
ni felpudo que diga que no soy bienvenida.
Ignoro cerraduras: sin llaves soy la reina
de todos los vestíbulos y todos sus espejos.
¿Qué importa tu trabajo, quién vive bajo el techo
que mi cuerpo estimula con su sola presencia?
Agosto las macetas, devoro los manteles
de época colonial cual nube de polillas,
coso redes de grietas sobre todas las copas.
No lloro por quien debe, ni a quien cumple agradezco;
soy hormigón armado para la débil carne.

Visito al presidente: lo convoco a mi junta.
Le siguen sus vecinos y todos los morosos,
los dignos propietarios y los del alquiler,
los de toda la vida, y los recién mudados,
el soltero que vive, los esposos que habitan,
las buenas familias y las mal avenidas.
Réquiem en la escalera por el alma del niño.
De las casas vacías me llevo entre mis manos
el polvo de quien fue, que todavía queda.
Coged, coged mi mano; cantad todos, cantad:
"Mi casa es solo un barco rodeado de mar:
nadamos, somos algo, volvemos a nadar."

Los timbres os invitan con su fúnebre orquesta
al giro, al salto, al baile; gozad del movimiento.
Seguid el pasamanos con paso resignado.
Bajad, bajad, bajad, aunque no tiene pérdida
la junta a la que os llamo, cónclave de las llamas,
la caldera invernal en un día de nieve.
El asunto del día no admite discusión.
Preside la reunión, si os sentís más tranquilos,
el revisor del gas, no la Muerte, que os llama...

Epílogo

— Desde un sofá en el edificio de enfrente —

*“El mundo está bien
hecho”* (Jorge Guillén, *Cántico*)

¡La he sentido!, la completitud
orgánica y estructural del edificio,
vivo, en llamas, en ruinas,
rompecabezas trágico de sueños,
urna floral, quizá, de mis cenizas.

Vi la radiante miseria del hombre
trascendiendo la piedra y el cristal,
la soledad que hermana al desamparo,
el silencio otoñal de sus plegarias
fusilando los versos a estridencias.

Todo el mundo vivía, hasta los muertos;
eran cirios poblando las estancias,
por nunca más vacías, de la casa.

El mundo nunca estuvo tan bien hecho
como ahora, mezclados sus pedazos
con los nuestros.